

Apuntes sobre Ciudadanía Global

Vicente Manzano – 2008

“No tenemos las llaves que abran las puertas de un futuro mejor. No conocemos un camino trazado (...) Sin embargo, podemos tratar de hacer realidad nuestros objetivos: la continuación de la hominización en humanización, a través del ascenso a la ciudadanía terrestre” (Morin, 2001).

Ciudadanía Global... ¿Qué cosa es esa? Y, lo que tal vez sea más relevante, ¿Qué consecuencias tiene su definición? ¿Hacia dónde apunta? Los conceptos son herramientas de trabajo. El mundo es el que es porque lo pensamos tal y como lo pensamos. Crear conceptos, asumirlos, cambiarlos... no es nada inocente. Parafraseando a Descartes, *dadme un concepto y moveré el mundo*. Ser conscientes de los conceptos que manejamos es saber qué pensamos, sentimos y hacemos; es conocer con qué perspectivas examinamos lo que nos rodea y construimos caminos para andar por la vida. La expresión *Ciudadanía Global* es poderosa. Como todos los conceptos, nace con una intención y desde una posición ideológica. La idea en sí de su existencia es ya una intervención a nivel planetario. Pero, como ocurre con otros conceptos globales trascendentes (desarrollo, democracia, libertad, sostenibilidad...), se encuentra abierta una dura batalla para no prostituir su significado.

Una visita a la RAE

El Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española¹ no cuenta con ninguna entrada para *Ciudadanía Global*. Aún así, podemos consultar el significado de sus componentes. Veamos qué dicen.

ciudadanía.

1. f. Cualidad y derecho de ciudadano.
2. f. Conjunto de los ciudadanos de un pueblo o nación.
3. f. Comportamiento propio de un buen ciudadano.

ciudadano, na.

1. adj. Natural o vecino de una ciudad. U. t. c. s.
2. adj. Perteneciente o relativo a la ciudad o a los **ciudadanos**.
3. m. Habitante de las ciudades antiguas o de Estados modernos como sujeto de derechos políticos y que interviene, ejercitándolos, en el gobierno del país.
4. m. **hombre bueno**.
5. m. Aquel que en el pueblo de su domicilio tenía un estado medio entre el caballero y el trabajador manual.

global.

1. adj. Tomado en conjunto.
2. adj. Referente al planeta o globo terráqueo.

De las tres entradas del diccionario podríamos extraer unas columnas fundamentales con el objetivo de construir un primer significado para esa herramienta de trabajo que constituye el concepto de Ciudadanía Global:

1. *Agente*. La ciudadanía es una cualidad que se refiere a las personas. En parte de mi definición como persona podemos encontrar que soy *ciudadana*.
2. *Lugar*. La característica de ser ciudadana afecta a las personas que conviven con otras en un lugar determinado y concreto (pueblo, ciudad, Estado o nación).
3. *Derecho*. Esa cualidad confiere derechos sobre ese lugar o la gestión del lugar.
4. *Ejercicio*. La ciudadanía no sólo se define por algo estático (derecho de, condición de, característica de) sino también dinámico: la ciudadanía se ejerce.
5. *Bondad*. En la definición se observa un sentido en el ejercicio de la ciudadanía: el de ser *buen* ciudadano o *buen* hombre (entenderemos que desean referirse también a *buena* mujer). No basta con ser ciudadana. Damos por sentado que una persona con tal atributo implica, a su vez, que se observa *buena* ciudadana.
6. *Ámbito Global*. Dado que lo global se refiere al nivel planetario, una ciudadana es la persona que por el hecho de vivir en el planeta ha adquirido el derecho de

¹ Consulta de los términos “ciudadanía”, “ciudadano” y “global” en la página oficial de la RAE: <http://www.rae.es>.

comportarse como buena co-habitante del mismo, ejercitando ese derecho, al menos, en los aspectos relativos a la gobernabilidad de la Tierra.

Extensiones

Tal vez la definición del diccionario quede un poco corta. Es comprensible. Su cometido no es volcar un esfuerzo sustancial en ningún frente específico. Por ello y dado que el concepto *Ciudadanía Global* nos resulta capital en un mundo globalizado, hemos de extender su significado, favoreciendo que las implicaciones de su definición queden mejor clarificadas. Estableceremos seis extensiones:

1. *Triple condición*. Si bien son las personas los agentes que reciben el atributo de ser ciudadanas, éstas sólo tienen sentido como miembros de una entidad de rango más amplio: la sociedad, la cultura, el momento histórico, el habitat. Aún cuando asumamos que el objetivo último (el valor finalista) es la persona, ocurre que precisamente por su triple condición de Ser Físico, Biológico y Social, no puede entenderse sin considerar la Sociedad Global y la Tierra como valores finalistas también en sí mismos. Ocurre que la dimensión social suele dar la impresión de ser infinita: el desarrollo es crecimiento inagotable, la tecnología avanza hacia el infinito, la evolución no tiene techo. Sin considerar el sustrato biológico de la sociedad, ésta genera la ilusión de que no existen límites, del mismo modo que lo biológico se asienta en un nivel físico sujeto a la entropía. Es importante concebir una conciencia ciudadana global asentada en el concepto de límite: vivimos en un planeta finito, durante una existencia finita, con un número finito de especies que comparten recursos finitos. Las personas (nivel social) como el resto de los seres vivos (nivel biológico) son co-habitantes del mismo planeta (nivel físico).
2. *Coexistencia*. El lugar queda fundamentalmente trastocado también en el concepto de Ciudadanía cuando añadimos el atributo Global. Ampliar el lugar no es sólo una cuestión cuantitativa. Cada territorio alberga una historia, una cultura, un pueblo. Trabajar el concepto de ciudadanía en un ámbito global implica asumir un reto complejo: el de la coexistencia de múltiples identidades culturales, históricas, geográficas, étnicas, religiosas, morales, lingüísticas... “Global” no significa “uniforme”. El reto es procurar una dinámica socioplanetaria tal que procure un profundo respeto a la diversidad de identidades al tiempo que se favorece de ello, incentivando el aprendizaje y el progreso conjuntos. El atributo “global” añade una nueva identidad: me siento un “Manzano” (mi familia), un “Sevillano” (mi ciudad), un “Alterglobalizador” (mi grupo), un “Universitario” (mi grupo), un “Cantaautor” (mi grupo), un “Hombre” (mi género), un “Andaluz” (mi región)... Y ahí aparece un atributo especial que enriquece mi identidad-yo: “soy ciudadano del mundo”. No son características incompatibles, sino niveles superpuestos que amplían mi identidad. En todo ello, la condición de ciudadana del mundo me hace persona especialmente respetuosa con otras identidades, puesto que todas ellas comparten la misma casa-planeta.
3. *Gobernabilidad*. El ejercicio del derecho queda extendido al planeta en su totalidad, lo que abre un interrogante: ¿Cómo ejercitar la ciudadanía global, desde los derechos, cuando el mundo se encuentra geográficamente compartimentado, se establecen fuertes restricciones al tránsito de personas y no existen instancias

democráticas para la realización de tomas de decisión conjuntas a nivel político? La gobernabilidad es un reto difícil de conseguir. Mientras que otros atributos de la ciudadanía global implican un ejercicio *de piel para dentro* transformando las conciencias, la gobernabilidad es un ejercicio de poder e implica el establecimiento de movimientos ciudadanos fuertes. No es posible construir una ciudadanía global “desde arriba”. Desde esa posición pueden ponerse en marcha programas educativos que favorezcan el nacimiento de las nuevas conciencias, pero éstas no pueden tomar forma si no es “desde abajo”, construyendo iniciativas de interrelación de movimientos. La ciudadanía se fabrica practicándola.

4. *Co-responsabilidad*. La condición de ciudadanía viene acompañada también de responsabilidades. Ser ciudadana no implica sólo exigir o disfrutar de un derecho. Ser ciudadana global se define también como la asunción de fuertes responsabilidades sobre el destino planetario: por ser ciudadana global, me siento persona copartícipe de lo que ocurre y deja de ocurrir en mi casa-planeta. Tengo el derecho de participar en esos hechos y ausencias porque soy co-responsable de ello. El ejercicio de la co-responsabilidad es difícil porque tiene lugar en el marco más complejo posible: el propio planeta. La práctica de la co-responsabilidad permite huir de lo que Vidal (1997) denomina *microsabios macroignorantes* y Morín (2001) *inteligencias ciegas*.
5. *Dinámicas opuestas*. Hemos de reconocer que la dinámica planetaria en los actuales procesos prioritarios de globalización está implicando un fuerte recorte de posibilidades para el ejercicio de la ciudadanía global. Se está consiguiendo categorizar el planeta en personas, culturas y colectivos autóctonos e inmigrantes, desarrollados y subdesarrollados, civilizados e incivilizados, maestros y aprendices, gestores y gestionados, preparados y aspirantes... El ejercicio de una ciudadanía global es inviable en tales condiciones. Por esta razón, la ciudadana global es persona implicada en procesos activos de lucha para la disolución de tales desequilibrios. El ejercicio de la ciudadanía implica una relación entre iguales. Las dinámicas de poder unidireccional y las estructuras de opresión restringen el ejercicio de la ciudadanía global a la reivindicación de nuevos escenarios.
6. *Utopía*. Así pues, hoy en día la ciudadana global no es tanto la persona que ejerce su condición planetaria en procesos de decisión, sino más la que lucha para hacer realidad ese ejercicio. Hoy coexisten procesos emancipatorios y fraternales que construyen ciudadanía global del mismo modo que dinámicas opresoras y discriminadoras que se afanan en establecer fuertes distinciones jerarquizadas. Principalmente por esta razón, la ciudadanía global no es hoy una realidad, sino un sentimiento, un proyecto, una utopía.

Dos modelos de desarrollo

Pensemos en una pequeña zona, un territorio autosuficiente donde, por tanto, sus habitantes obtienen de él todo cuanto necesitan para el ejercicio de la vida. La figura 1 puede representar gráficamente este concepto.

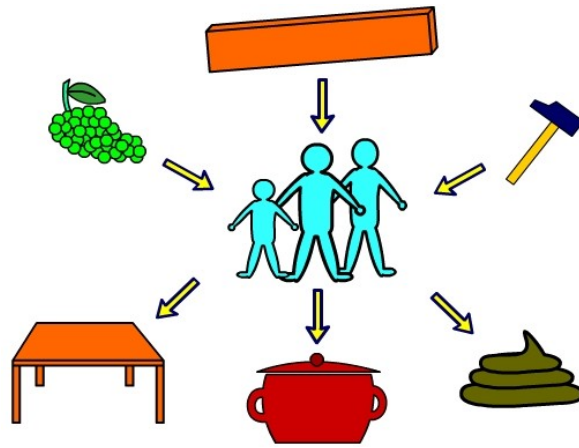


Figura 1: territorio autosuficiente.

En ese territorio, las personas toman cuanto necesitan de la naturaleza o del producto del trabajo de otras personas. El resultado de su actividad recae igualmente en el propio territorio, bien sea en forma de productos de utilidad social o bien como desechos.

En un mundo sin contacto comercial entre territorios, el planeta podría mostrar la apariencia de la figura 2. Podemos llamar *modelo disperso* (Fernández Durán, 1993) a este tipo de funcionamiento.

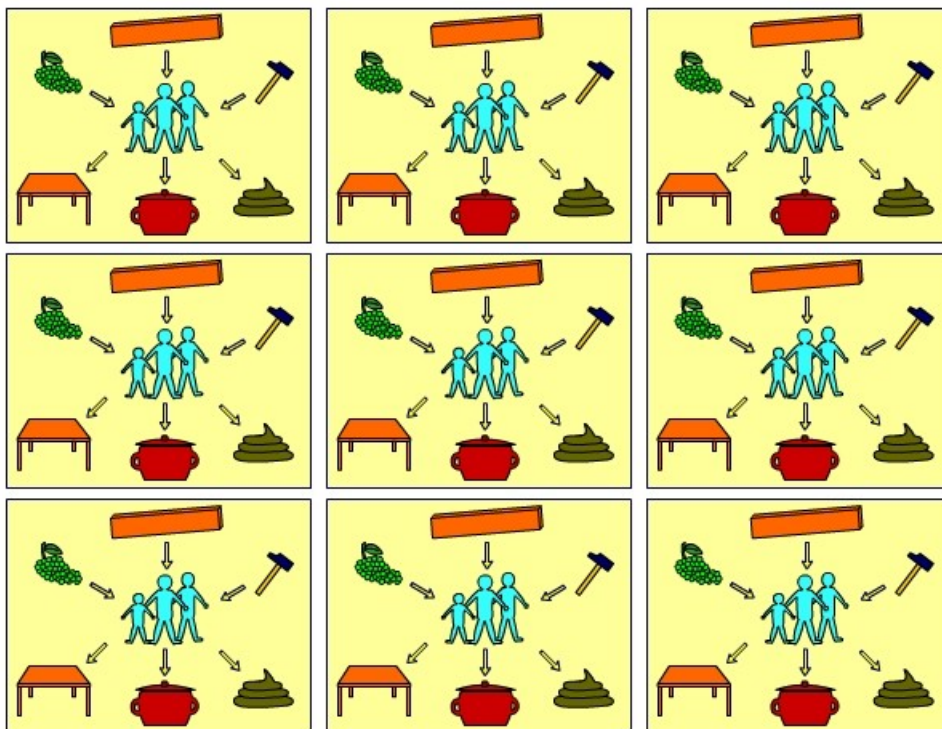


Figura 2: modelo disperso.

Otra forma de plantear las dinámicas de relación socioplanetaria es considerar el mundo como un único territorio, reproduciendo el modelo de la figura 1. Esta intención inicial se complementa con la especialización territorial: unas zonas se dedican a unos menesteres y no a otros. De esta forma, el resultado se representa en la figura 3.

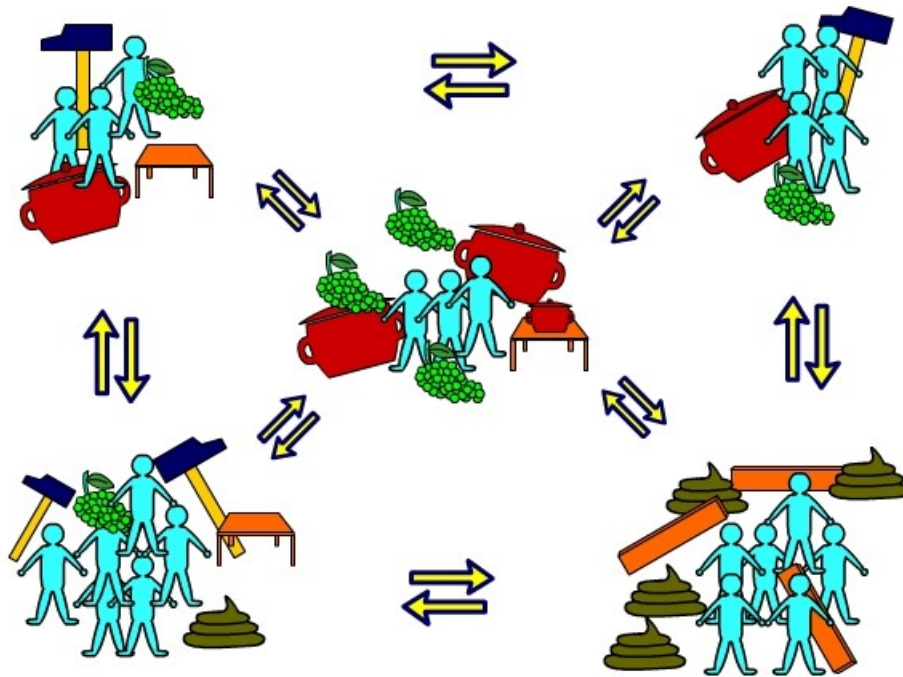


Figura 3: *modelo difuso*.

El modelo difuso se presenta como un paso más avanzado en la vía del progreso: gracias a la especialización territorial, el planeta convertido en un mercado eficiente produce bienes y servicios con una calidad y una cantidad que ningún otro modelo puede suministrar. Esta dinámica cuenta con un amplio listado de consecuencias. De todas ellas, hay tres características que nos importan especialmente en el asunto de la ciudadanía global: la complejidad, la dependencia y la visibilidad.

El modelo difuso es mucho más complejo. El establecimiento de crecientes redes de relación entre todos los territorios, incluyendo sus habitantes, sus materias primas y sus procesos de producción, genera una complejidad de intensidad histórica. Esta complejidad implica, entre otros muchos aspectos, una clara dificultad para el establecimiento de predicciones, lo que genera una fuerte incertidumbre (Morin, 1995). No sabemos a ciencia cierta cuáles son las consecuencias que se derivan de nuestros comportamientos en un sistema tan complejo. Con ello, las posibilidades de intervención se muestran especialmente difíciles. La ciudadanía global, como ya se ha indicado, implica contar con un interés especial por la coexistencia de múltiples identidades y la fuerte sensación de co-responsabilidad que llama a la acción. Ninguno de ambos términos es fácil cuando desconocemos qué hacer para conseguir determinados fines o qué ocurrirá al ensayar nuevos comportamientos.

El modelo difuso genera grandes dependencias. Éstas se definen desde el nivel individual hasta el inter-territorial. La fuerte especialización necesita que unos territorios dependan de otros para contar con determinados *inputs* y garantizar que los *outputs* serán recibidos. Cuando las dependencias se entrelazan (como así ocurre) con los estilos de vida, con las formas de consumo, con el ámbito laboral... entonces establecen fuertes restricciones para propiciar el cambio social. Ni las personas ni los territorios que han generado fuertes dependencias con respecto al funcionamiento de un sistema estarán muy dispuestos a propiciar cambios si éstos amenazan los logros (sean relativos a la supervivencia o al

status quo). La ciudadanía global implica actitud de intervención para propiciar transformaciones sociales que se encuentren en la línea de una sociedad felicitante en un planeta vivo. ¿Cómo llevar a cabo la utopía si ésta implica atentar contra dependencias fuertemente establecidas?

El modelo difuso es, precisamente, difuso. El nombre proviene del concepto “fábrica difusa” (Coq, 2003), que expresa un modo creciente de producción globalizada: la mano de obra se encuentra en unos territorios, las materias primas en otros, los facilitadores para el transporte en otros, etc. Sólo la empresa matriz tiene una localización precisa, puesto que el resto de la producción se encuentra dispersa por el planeta y sufre cambios constantes en función de las ventajas competitivas que puedan establecerse. El modelo difuso implica una fuerte invisibilidad o ceguera. Si la materia prima proviene del territorio A, los habitantes del territorio B no pueden observar qué consecuencias se están provocando en la zona A como resultado de la extracción de las materias primas. Si los desechos de los procesos de producción se vierten en el territorio A, los habitantes de B no pueden observar las consecuencias de esa dinámica y cómo su modelo de consumo genera daños voluminosos en zonas lejanas. En términos generales, el modelo difuso favorece una sensación también difusa para las responsabilidades, asentada en una ignorancia prácticamente completa con respecto al significado de los estilos de vida que tienen lugar en los nodos o territorios dominantes del planeta y las consecuencias que se derivan para el resto de los territorios. La ciudadanía global es un concepto imposible de ser implementado en un contexto global de invisibilidad.

Algunas ideas-clave

En torno a la ciudadanía global cabría realizar multitud de entradas transversales de conceptos. De todo ese océano y para los objetivos de este documento, rescataremos cuatro: el destino común planetario, la ética planetaria, la ecojusticia y los estilos de vida. No agotan en absoluto los asuntos que rondan con relevancia el significado de la ciudadanía global, pero sirven para estimular su comprensión y colaborar en su desarrollo.

Destino común planetario

La expresión “todos viajamos en el mismo barco” es harto conocida y, sin embargo, poco trascendente en la práctica de los comportamientos cotidianos. Edgar Morin (entre otros, Morin, Ciurana y Motta, 2002) ha trabajado intensamente en tres frentes, ante los que hoy es difícil no asociar íntimamente su nombre: el método, la complejidad y la sociedad-mundo. Los tres son conceptos muy relacionados entre sí.

El mundo es complejo, porque lo son incluso sus elementos constituyentes. Al partir del sustrato físico, pasar por el biológico y llegar al antropológico, los sistemas se hacen cada vez más complejos. Abordarlos y comprenderlos exige asumir que no existen las esencias sino los comportamientos, que el azar debe asumirse como elemento irreductible de la naturaleza (Wagensberg, 1985) y que la forma con que estudiamos los fenómenos y nos movemos por la vida debe contemplar el riesgo como algo natural, consustancial a la existencia. Si el mundo es complejo, el método para conocerlo no puede ser determinístico. Necesitamos acudir a las estrategias en lugar de a los programas. Las estrategias buscan objetivos y se van adaptando al camino o bien lo van construyendo sobre la marcha. Los programas establecen algoritmos o pasos sucesivos cerrados,

incapaces de dar cabida a la información nueva cuando llega y no es redundante sino que presenta algo nuevo. El buen método, por tanto, es estrategia y no programa. ¿Qué ocurre, en este contexto, con la sociedad-mundo?

La sociedad, en efecto, viaja en el mismo barco o planeta. Afirmar que el destino es común es una obviedad. Visto así, la historia de la humanidad es un proceso en el que la globalización resultaba inevitable, si bien ni las personas ni las comunidades han sabido prepararse para ello. El destino común planetario implica la estrecha e inevitable relación entre el planeta y la humanidad. Hoy nos encontramos, siguiendo a Morin, Ciurana y Motta (op.cit.), en la Edad de Hierro planetaria, donde el desarrollo global se confunde con occidentalización acelerada y crecimiento del mercado transfronterizo. No obstante, se observa el proto-modelo de una conciencia planetaria en manos de movimientos humanistas y ecologistas, movimientos ciudadanos que reivindican un desarrollo diferente a partir del creciente malestar global. “La vanguardia de esta ciudadanía planetaria está presente en todos los movimientos humanitarios” (op.cit.:80).

Ética planetaria

Junto con la conciencia de un destino común que exige la construcción efectiva de una ciudadanía planetaria, el campo de la ética ha sido objeto también de una evolución con meta similar.

La ética ha sido considerada con frecuencia como una especie de compendio de principios que permiten a las personas ser felices, aprovechando las oportunidades que da la vida para pasar satisfactoriamente por la experiencia terrena (Savater, 2003). Muy centrada en las personas como objetivos últimos y en la práctica cotidiana como campo de acción, desde Aristóteles (Ferrater, 1995) el concepto de ética ha sido objeto de una profunda revisión en el último siglo, culminando con visiones muy amplias que abarcan más valores finalistas y una exitosa visión del planeta como un todo. Se aleja del significado reduccionista que la asimila a un conjunto de principios y toma la forma de una actitud (Kisnerman, 2001). Como tal, la actitud ética implica una tendencia a pensar, sentir y hacer de forma coherente, que baña el comportamiento cotidiano, las motivaciones y los proyectos. La ética asume la creencia explicitada al menos desde Sócrates de que las personas no sólo tienen a comportarse distinguiendo entre lo verdadero y lo falso, sino también entre lo bueno y lo malo (Gutiérrez, 2000). Por ello, la coherencia actitudinal (pensar, sentir y hacer de forma coherente) de la ética busca el Bien Común, con matizaciones que siguen abiertas.

En la época que implementan tanto Kant como la Revolución Francesa, la ética se reviste definitivamente de un interés por las comunidades, por la sociedad, por la convivencia. Es el arte de saber vivir en grupo, considerando la otra persona como una igual² a la que no hay que aplicar reglas diferentes de las que se aplicaría una misma. No obstante, esta noción ética era tan insuficiente a un mundo globalizado, muy centrado en un modelo económico concreto, como la física de Newton lo es para el nivel galáctico.

Leonardo Boff (especialmente, 2001 y 2003), destaca tres crisis que tienen lugar a nivel global y que exigen el fortalecimiento de una nueva ética, necesariamente planetaria: la

2 Es curioso saber que Kant, aunque consideraba sus principios éticos en torno a las personas, justificaba la discriminación. Así, por ejemplo, sentenció que los indios de América estaban destinados al exterminio porque eran incapaces de civilizarse... y eso sin pisar América (Galeano, 2002).

crisis social (distancia entre dos Humanidades en creciente desequilibrio), la crisis ecológica (producto de una actividad irresponsable que genera daños irreversibles en la Tierra) y la crisis laboral (exclusión mediante la automatización tecnológica y desvirtuación del sentido creativo de la actividad humana). La nueva ética se distancia de Kant y llama a mecanismos ignorados en este campo: la comprensión, el amor, el cuidado... La ética planetaria inserta, como elemento propio, el cuidado de la Tierra como la casa que habita la humanidad, así como el amor hacia todos sus habitantes con especial interés por las personas. La ética planetaria es totalizadora, pues plantea una preocupación no sólo por un ámbito máximo (el planeta en su conjunto) sino por un nivel máximo (todo lo que la Tierra contiene: el paisaje, los seres vivos, las personas).

La ciudadanía global es, por tanto, una implementación de la ética planetaria, un concepto que hermana a todas las personas del mundo, en procesos de reapropiación del poder, de potenciación de la acción socioambiental coherente con la actitud ética.

Ecojusticia

El desarrollo se ha vendido como crecimiento económico (Bacal, 1996), un crecimiento incompatible con la infeliz preocupación por el planeta. Para optar a la extracción de cuanto se pueda se ha reinventado y prostituido el concepto de desarrollo sostenible. Es una forma de garantizar la explotación futura (Manzano, 2004), una ideología que esconde la realidad de que lo único sostenible es el decrecimiento (Manzano, 2007), considerando a éste como un proceso de reapropiación del papel de las personas en el planeta, basado no en la posesión sino en el disfrute respetuoso.

En este panorama, es incompatible trabajar por los derechos y por la conservación del planeta. Hay que optar por el crecimiento o por la sostenibilidad. Hay de decantarse por la ecología o por la justicia.

En un texto muy esclarecedor, Aaron Sachs (1996) relata las experiencias de organizaciones no gubernamentales que coinciden en puntos de trabajo y llegan a rozar entre sí cuando se ven luchando por frentes aparentemente incompatibles: o los derechos humanos o el medio ambiente. La experiencia acumulada en décadas de trabajo conjunto ha unido finalmente a estas organizaciones que están transitando el mismo camino desde ángulos diversos. La lección se ha mostrado muy clara: no sólo son objetivos compatibles, sino necesariamente complementarios. No se puede trabajar en un frente entorpeciendo el otro, puesto que al final no se está consiguiendo ninguno. Es en la confluencia de una labor preocupada tanto por las personas como por la conservación de su hábitat donde se encuentran los resultados exitosos, duraderos y felicitantes.

La ecojusticia es herramienta de trabajo de la ciudadanía global. Su labor es la lucha por los derechos humanos y el sistema planetario vivo, a la vez que el mantenimiento de los logros conseguidos en tales frentes.

Estilos de vida

La ciencia destronó a Dios y dejó a la población sola ante sí misma, y ahí se refugió, en sí misma. El Dios moderno tiende a concebirse como un ser que ama, es amor puro, comprensión, abrazo. El Dios medieval era un dictador temible. Cuando el padre dictador no mira, el hijo temeroso ve una salida y hace una travesura, se rebela frente al poder

tiránico. Pero Dios todo lo ve. No se puede hacer nada a sus espaldas porque no posee espalda, todo él es ojo. Al morir el Dios dictador a manos de la razón, Europa se queda con unas anchas espaldas donde hacer travesuras y desatender lo divino para dedicarse a lo terrenal, centrado en el ser más abandonado hasta el momento: uno mismo. El individuo medieval debía abandonarse para entregar parte de su existencia terrenal al sistema feudal y para entregar todo su ser a un Dios insaciable. Al caer la nobleza con la revolución francesa (más bien, al sufrir un golpe pasajero) y aparecer el dominio de la razón y la ciencia, el individuo se descubre a sí mismo y se llena de sí mismo. Si el dios medieval hubiera sido el actual, amoroso y comprensivo, si la Iglesia de entonces hubiera defendido lo que los grupos cristianos de hoy (ama a los demás, pero no te descuides, ámate a ti mismo), al quedar Dios malherido con la época de las luces, la población no se sentiría desamparada de autoridad y podría haber continuado amándose y amando a los demás como una continuidad de la experiencia previa. El resultado no habría sido el hedonismo sino la solidaridad, el bien común. En ese contexto histórico, el capitalismo comienza a tomar una fuerza descomunal gracias a la moral de la ambición hedonista que adopta la forma de actividad productiva. Después, cuando los procesos de producción se extienden y bañan casi todas las esferas de la vida, cuando comienza a percibirse la saturación, el capitalismo vuelve a renacer, esta vez gracias al egocentrismo del consumo. El hedonismo se expresa mucho mejor por el consumo que por la producción, pues ésta es una aventura grupal, se requiere gente (proveedores, trabajadores, distribuidores, consumidores...), mientras que el consumo es íntimo, personal, se percibe en una esfera de placer aislado del mundo. Es fácil asociar consumo con libertad individual. El productor está sometido a múltiples disciplinas y la historia del capitalismo lo va esclavizando en cada paso. Pero el consumidor puede quemar, si ello le place, lo que acaba de adquirir. No importa si la libertad es real o se trata sólo de un ejercicio de confirmación diseñado lejos del consumidor. Lo que importa al hedonismo es la sensación, la percepción de que uno está dedicado a uno.

Como resultado de un hedonismo sin condiciones, del abandono de los otros a su suerte, de la pérdida de noción sobre el sustrato terrenal de las actividades productivas, de la pérdida de la conciencia del límite tanto espacial como temporal (Riechman, 2003), la humanidad deriva en estilos de vida altamente exterminadores, pues la versión actualmente dominante de desarrollo se asienta en la extenuación de los bienes del planeta. Los estilos de vida toman cuerpo a partir de las formas con que se posee, de las maneras con que se realizan los consumos (Chaney, 2003). Cada estilo de vida lleva consigo un paquete denso de actitudes que permiten a las personas presentarse en sociedad: son construcciones a medio camino entre lo individual y lo social. Estas construcciones se resisten al cambio y exigen que lo ecológico y lo social se pongan al servicio de lo individual-relacional en el corto plazo. Por esta razón, urge una ética del consumo (Cortina, 2002) que reivindique una existencia no sólo más racional con los límites planetarios, sino a la postre más felicitante para todos los individuos.

La ciudadanía global se ha liberado del yugo del consumo como objetivo hedonista prioritario. Su estilo de vida es independiente de la presentación social basada en la forma de poseer y la manera de dilapidar la herencia sociobiológica. Los nuevos estilos de vida, diversos y acordes con la existencia de múltiples identidades, se establecen en torno a prácticas felicitantes que beben de un profundo respeto a las personas y al planeta. Caminar por la vida con un estilo de ciudadana del mundo es dar pasos libres que han conseguido soltar el abundante lastre con que voluntariamente nos hemos esclavizado.

Por tanto

La ciudadanía global es un proyecto-utopía, un punto de llegada en el que esperamos (trabajando) que aterrice una humanidad con una clara conciencia de destino común, de viaje común, de futuro común. Es una forma de estar en el mundo, un estilo de vida, con el que las personas-ciudadanas-globales se presentan al resto diciendo “Hola, aquí estoy porque aquí estamos compartiendo lo mismo, porque compartimos el mismo barco y sólo hay marineros del mismo rango para navegar con él”. Es una ciudadanía que convive con el azar y el riesgo sin ningún miedo, un proyecto en el que la coexistencia de identidades múltiples no sólo es tolerada, sino más aún incentivada, promovida, deseada. Es un punto de llegada en el que se concreta con fuerza la ética planetaria, pues la ciudadana global es persona que siente de piel para dentro todo cuanto hay de piel para fuera en el territorio global, y lo siente con esperanza, cariño, solidaridad... no como responsabilidad insufrible. Es un punto de llegada donde termina la competencia entre esferas artificialmente enfrentadas como “la ecología o los derechos humanos”, “el desarrollo o la equidad”, “yo o los y las demás”, “el futuro o el pasado”.

Vencidos los falsos dilemas, perdido el miedo, asumiendo que el planeta es la casa que habitamos y deseamos cuidar, reconocidas a las demás personas como fines autónomos con quienes trabajamos para el futuro común, la ciudadanía global dejará de ser un proyecto-utopía para visitar la dimensión de la realidad. Hoy se encuentra en la frontera. Un pie dentro y otro fuera. Hoy trabajamos para hacerla entrar.

Referencias

- Bacal, A. (1996) El desarrollo humano sustentable y el proceso de democratización. En R. Valdiviezo y S. Flores (Coords.) *Importancia y Perspectivas del Desarrollo Sustentable en México*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala. 61-68.
- Boff, L. (2001) *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Madrid: Trotta.
- Boff, L. (2003) *Ética y moral. La búsqueda de los fundamentos*. Santander: Sal Terrae.
- Chaney, D. (2003) *Estilos de vida*. Madrid: Talasa Ediciones.
- Coq, D. (2003) Industria agroalimentaria y territorio en Andalucía. *Desde el Sur. Cuadernos de Economía y Sociedad*. 10.
- Cortina, A. (2002) *Por una ética del consumo*. Madrid: Taurus.
- Fernández Durán, R. (1993). *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*. Madrid: Fundamentos.
- Ferrater, J. (1995) *Diccionario de filosofía de bolsillo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Galeano, E. (2002) *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Gutiérrez, G. (2000) *Ética y decisión racional*. Madrid: Síntesis.
- Kisnerman, N. (2001). Ética ¿Para qué?. En N. Kisnerman (Comp.) *Ética, ¿Un discurso o una práctica social?*. Buenos Aires: Paidós. Páginas 107-121.
- Manzano, v. (2004) Sostenibilidad. *El Correo de Andalucía*. 11 de marzo.
- Manzano, V. (2007) Ciencia y comportamiento. ¿Qué hacer con la sostenibilidad? *El Fingidor*. Granada: Universidad de Granada. 51-52.
- Morin, E. (1995) *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, E. (2001) *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós Studio.

- Morin, E.; Ciurana, E.R. y Motta, R.D. (2002) *Educación en la era planetaria. El pensamiento complejo como Método de aprendizaje en el error y la incertidumbre humana*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- RAE (2005) Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española. 23ª Edición. En <http://www.rae.es>
- Riechman, J. (2003) *Tiempo para la vida. La crisis ecológica en su dimensión temporal*. Málaga: Ediciones del Genal.
- Sachs, A. (1996) *Ecojusticia. La unión de los derechos humanos y el medio ambiente*. Bilbao: Bakeaz.
- Savater, F. (2003) *Ética para Amador*. 2ª Edición. Barcelona: Ariel.
- Vilar, S. (1997) *La nueva racionalidad. Comprender la complejidad con métodos transdisciplinarios*. Barcelona: Kairós.
- Wagensberg, J. (1985) *Ideas sobre la complejidad del mundo*. Barcelona: Tusquets Editores.